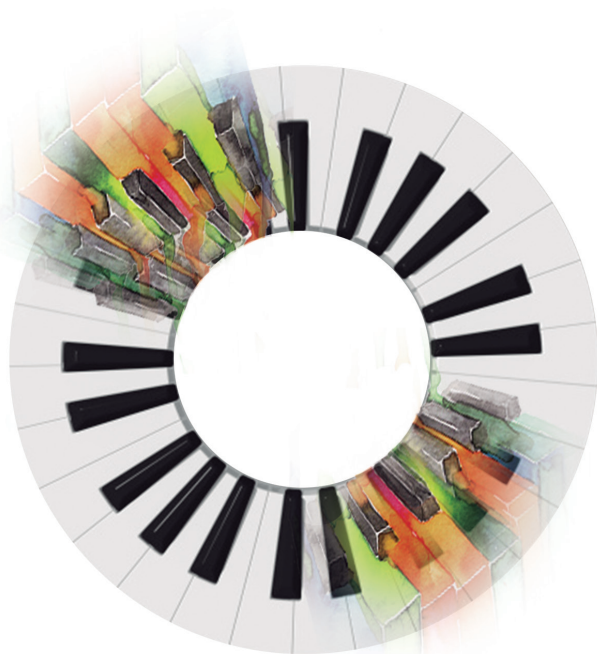


XIII CERTAMEN INTERNACIONAL LEOPOLDO ALAS MÍNGUEZ

LA ARMONÍA DE LAS ESFERAS

Marcos Gisbert



LA ARMONÍA DE LAS ESFERAS

Marcos Gisbert

XII Certamen Internacional Leopoldo Alas Mínguez

Sin la autorización por escrito de la editorial, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra ni tampoco su tratamiento o transmisión por ningún medio o sistema.

De igual manera, todos los derechos que de ella dimanen, cualquiera que sea la naturaleza de estos, así como las traducciones que puedan hacerse, incluyéndose igualmente las representaciones profesionales y de aficionados, las películas de corto y largo metraje, recitación, lectura pública y retransmisión por radio o televisión, quedan estrictamente reservados. Se pone un especial énfasis en el tema de las lecturas públicas, cuyo permiso deberá asegurarse por escrito.

Las solicitudes para la representación de esta obra, de cualquier clase y en cualquier lugar del mundo, habrán de dirigirse a Sociedad General de Autores y Editores, SGAE, en la calle de Fernando VI número 4, 28004 Madrid, España.

Marcos Gisbert

LA ARMONÍA DE LAS ESFERAS

Primera edición, 2020

© De *La armonía de las esferas*: Marcos Gisbert Ferri

© De la Presentación: Pablo Peinado Céspedes

© Del Prólogo: Alejandro Tantanian

© Para esta edición: Fundación SGAE, 2020

Coordinación editorial: Pilar López. Diseño gráfico y de cubierta: José Luis de Hijes.

Maquetación y procesos digitales de edición: spandaeditorial.com

Corrección: Susana Pulido

Imprime: Estugraf Impresores, SL

Edita: Fundación SGAE

Bárbara de Braganza, 7, 28004 Madrid

publicaciones@fundacionsgae.org

www.fundacionsgae.org

ISBN: 978-84-8048-920-1

ISBN electrónico: 978-84-8048-921-8

D L: 19609-2020

Índice

Ítaca es un cuerpo (Pablo Peinado Céspedes)	5
Un prólogo (Alejandro Tantanian)	9
La armonía de las esferas	13

Ítaca es un cuerpo

Un *thriller*. Casi una obra de misterio o de intriga. Eso es lo que vamos a encontrar en *La armonía de las esferas...* Porque el protagonista, desde el inicio del texto, lo que busca es resolver sus dudas. Así el intento de encontrar las claves que rodearon la vida de su padre, el músico Billy Tipton, se convierte en el motor de esta historia, de este viaje iniciático por la América profunda, en busca del origen de un ser humano que sin duda fue especial y que vivió la vida tal y como quiso, sin seguir las normas sociales y sin someterse al dictado de la ley.

Le sentaba bien el traje de hombre a Billy Lee Tipton (1914-1989), músico de jazz, director de orquesta y finalmente agente de talentos cuando la artrosis le impidió tocar el saxo o el piano, sus dos instrumentos. Pero ¿por qué se convirtió en hombre? Las explicaciones más tradicionales dicen que lo hizo por la música. Necesitaba tocar jazz y como mujer no podía hacerlo; ninguna banda de jazz admitía mujeres. Pero no es creíble que alguien decida cambiar de género, pasando de mujer a hombre, tan solo por la música. Otra versión dice que quizá su transformación se debió a que le gustaban las mujeres y que, por tener una idea tradicional de la pareja, no concebía estar con una mujer siendo ella también mujer. Puede que eso fuese lo que le llevó a hacerse una persona trans. Sin embargo se trata de otro intento fallido, desde mi punto de vista, de explicar lo que sucedió.

El único argumento aceptable, entiendo yo, de que habiendo nacido mujer quisiera ser un hombre es que en realidad siempre lo fue, aunque por su aspecto no lo pareciera. Era un hombre trans, había nacido mujer pero se sentía hombre y cambió de vida, de nombre

y de profesión porque era un hombre. Un hombre al que le gustaban las mujeres, y fueron varias a lo largo de su vida... Non, una famosa participante en maratones de baile; June, cantante; Betty, una camarera de dieciocho años; Maryann, prostituta, y finalmente Kitty, bailarina de estriptis con la que adoptó tres hijos y de la que también acabó separándose. Nada extraordinario que no hiciera cualquier otro hombre en el Estados Unidos que va de los años cuarenta a los setenta.

Nunca lo sabremos todo sobre la vida de Billy Lee Tipton. Cualquier intento de aclarar el enigma queda finalmente en conjeturas, en elucubraciones que no nos llevan a ningún lado. Por eso Marcos Gisbert quiso adentrarse en esa selva misteriosa que es la vida de este músico de jazz, para iluminarla, y se ha atrevido a cubrir con literatura los huecos que la historia ha dejado. Los humanos hemos creado el arte de la ficción para tratar de responder a algunas preguntas, pero también para formularnos muchas más que no tienen una respuesta fácil.

El protagonista real es Billy Tipton, pero él ya está muerto. Ahora es uno de sus hijos, Scott, quien busca recomponer el rompecabezas que la muerte de su padre ha puesto sobre la mesa, ajustando cada fragmento de cartón en su lugar. Todos estamos convencidos, equivocadamente diría yo, de que solo existe un lugar para cada pieza y que en ningún caso son intercambiables. Y la historia comienza así, rígida y exigente con la realidad. Por eso él es uno de los mejores hallazgos de este texto, él y esa transformación que va teniendo lugar en este joven, protagonista de una involuntaria *road movie*, hasta que una vez cumplida su misión como un Ulises del género decide regresar a casa. Pero no ha sido un viaje en vano porque durante ese itinerario Scott se ha encontrado consigo mismo y se acaba dando cuenta de que no era la persona que creía, sino otra más cercana a su padre y más abierta a otras variables en su propia vida.

El protagonista necesita y exige al mundo respuestas directas y simples. Sin embargo, todo lo que va descubriendo le hará ver que la vida no es así, ni directa ni simple. Ni sencilla, ni plana. Ni está todo dicho sobre aquello de lo que se puede decir algo. La realidad se va

escribiendo cada día, a veces en diferentes formas, pero todas igualmente válidas. Es parecido a lo que sucede con los idiomas. En diferentes idiomas puedes decir amor, mujer, hombre, pareja..., pero las palabras con las que se representan estas ideas son diversas. “Hombre” y “*man*” significan más o menos lo mismo y no se escriben igual.

Pero retrocedamos al origen de todo esto... En 1987 muere un músico llamado Billy Tipton. Todo el mundo creía que era un hombre, pero el forense descubrió que fisiológicamente era una mujer, se lo contó a uno de los hijos y este lo hizo público. A partir de ahí la prensa sensacionalista se hace eco y los descendientes inician el tradicional paseíllo por las televisiones, pasan a formar parte del circo mediático y tras unos días de fama efímera acaba todo. Pero años más tarde alguien escribe una biografía. Era un tema demasiado sabroso para dejarlo estar. La biografía cae en manos del poeta español Dionisio Cañas, profesor durante varios años en Yale, en la ciudad de Nueva York. Esa biografía sobre Tipton le descubre un personaje inspirador y de esa lectura surge *La balada del hombre mujer* (Egales, 2008), una aproximación poética a la vida del jazzista. De Cañas pasamos a Gisbert y acabamos cerrando el círculo. Aunque el círculo se cerrará realmente el día que *La armonía de las esferas* suba al escenario representada, como el dramaturgo pide en su texto, por dos intérpretes. Uno será Scott y el otro/a interpretará al resto de personajes, desde la madre adoptiva a la novia, pasando por los caracteres que componen lo que el autor llama “La Constelación”. Entre ellos hay hombres y mujeres. Por eso el género irá fluyendo entre un personaje y otro, independientemente de quién los interprete.

Alejandro Tantanian, el autor del breve prólogo que acompaña a este libro, estrenó en Buenos Aires en 2012 *Cliff (Acantilado)*, el texto ganador del LAM en 2010. Su autor, Alberto Conejero, ganó además en 2019 el Premio Nacional de Literatura Dramática. Esta temporada 2020-2021 Carmen Losa va a estrenar su obra *Levante* en el Teatro Español, en Madrid, texto ganador del LAM en 2008... En este camino de trece años de vida del Premio LAM hemos visto triunfar algunos de los textos que han conseguido alzarse con este

pequeño y a la vez ambicioso galardón. Modesto por su cuantía pero grande por la ambición con la que fue creado y por el mimo con el que la Fundación SGAE lo ha cuidado desde su nacimiento. El Premio LAM sigue plenamente vigente porque el objetivo no es ni más ni menos que el de ayudar a cambiar la sociedad desde el escenario y que este *retrate* a la sociedad tal y como es: rica, diversa, compleja, llena de matices y de personajes diferentes, tanto por sus deseos sexuales como por sus identidades de género estáticas o fluidas.

Y si este sueño es posible mantenerlo es porque afortunadamente la sociedad en la que vivimos así lo quiere, sabedores los españoles y españolas del valor y la singularidad de este proyecto. Porque mi generación nació en una dictadura y tuvo que trabajar y arriesgar la vida en ocasiones para ganar una democracia que no salió gratis. Por eso cada nueva edición del LAM es una fiesta y cada publicación o estreno de un texto ganador del LAM es un triunfo de la diversidad y de la democracia, de la libertad y del teatro.

Edición tras edición, los jurados de este Certamen premiamos textos que nos iluminan y nos descubren nuevos y fascinantes personajes; ambiciosas y reveladoras historias con fuerza suficiente como para remover nuestras conciencias; textos escritos libremente que, aun siendo herederos del viejo arte del teatro, apuestan por buscar nuevos caminos, se adentran en la dramaturgia del futuro. Un teatro diferente que nos ayuda a entendernos como sociedad y que nos interpela sin miedo desde el escenario.

En esta búsqueda de textos inclusivos, con personajes LGTBI, que iniciamos hace ya trece años, hemos encontrado teatro rebosante de humanidad y libertad, riqueza literaria y riesgo conceptual. Por eso siempre, o casi siempre, gana la mejor obra, la literatura dramática más arriesgada, compleja y brillante. En esto no hay margen para la duda porque he presidido todas y cada una de las trece ediciones y me consta. Espero seguir haciéndolo unos cuantos años más, si Talía, Melpómene y la vida son benévolas conmigo.

Pablo PEINADO CÉSPEDES

Presidente del jurado del Premio LAM

Un prólogo

Solo te llevará unos minutos leer esto, no más. Tal vez menos que unos minutos si decides, lector, saltarte estas palabras que no tienen sino la intención de entusiasmarte aún más en la lectura de lo por venir.

Si me acompañas, entonces solo voy a decir que, una vez que Homero supo escribir su *Iliada* y su *Odisea*, ningún relato puede ser leído salvo como guerra o como viaje.

Como si de un enigma irresoluble se tratara, nuestra experiencia como humanos parece cifrarse en la alternancia entre estos dos destinos: guerra o viaje. Viajamos para huir de una guerra: íntima o colectiva; entramos en guerra para defender nuestro viaje: ese que creemos necesario, ese que nos dará definitivamente la conquista del yo, la felicidad del territorio.

No hay, creo, descripción más breve y certera para prologar esta obra: Marcos Gisbert construye en *La armonía de las esferas* un doble relato: el viaje de Scott (¿protagonista?) es también su guerra. Su viaje a la semilla, su decisión de buscar los orígenes de quien fue su padre, es también un viaje hacia su propio cuerpo, una manera de volverse a fundar.

En estos tiempos convulsos en los que la guerra —y ya no el viaje— se transforma en historia cotidiana, Marcos Gisbert pega un golpe de timón y decide contarnos una historia de transformación, un viaje iniciático, una *road movie* hacia la identidad. Y aunque también se cifran guerras en este viaje, son de las que merecen ser enfrentadas: las guerras a la intolerancia y a la desigualdad.

Gisbert pone en boca de uno de sus personajes: “El día a día es esconder la catástrofe que va con todos, la de hacerse mayor, envejecer y morir”. Pero más allá de esta frase, el viaje de Scott es el de

cualquiera de nosotrxs, que obligadx a dar batalla por su identidad
descubre que la vida puede ser un tesoro.

Nunca es tarde.

Y ahora, sí, ya no “hablo” más.

Alejandro TANTANIAN

Dramaturgo y director

Buenos Aires, junio de 2020. Año de la pandemia

“... it would be well to test what one meant
by man-womanly, and conversely by woman-manly”.

Virginia WOOLF

“Magnum, o Asclepi, miraculum est homo”.

G. PICO DELLA MIRANDOLA

La armonía de las esferas

Personajes

SCOTT: *En la temprana treintena.*

KITTY

IOWA

DAVE

RON

HADDA

LA MÁSCARA

BETTY

WAYNE

LA CONSTELACIÓN

Escenas

ESCENA 1

SPOKANE, WASHINGTON

ESCENA 2

IOWA

ESCENA 3

PITTSBURGH

ESCENA 4

ALBANY, OREGÓN

ESCENA 5

C'EST LA VIE

ESCENA 6

LA MÁSCARA

ESCENA 7

JOPLIN, MISURI

ESCENA 8

EL BOCADO DE ADÁN

ESCENA 9

OKLAHOMA

ESCENA 10

EARL/NON-EARL

ESCENA 11

LAS PERSEIDAS

El escenario habrá de quedar dividido en dos canales de dos tercios y un tercio de su extensión, respectivamente, del proscenio hacia el fondo. En el estrecho tercio aislado, a derecha o izquierda, ocurren, visibles al público, los cambios de personaje de todos aquellos que no son Scott (La Constelación), porque esta es una obra acerca de la identidad y el transformismo, aunque no necesariamente en ese orden. Un mismo actor o actriz compondrá cada personaje de La Constelación en cuestión de segundos y a ojos del público, mediante algún detalle del exterior performativo: un sombrero, una peluca, una chaquetilla. Ha de verse al actor o la actriz interpretando al personaje, en un código (que no un tono) similar al vodevilésco. El truco será desvelado, el artificio señalado, pero es que esta es una obra que trata sobre el transformismo y la identidad, aunque no necesariamente en ese orden.

ESCENA 1
SPOKANE, WASHINGTON

Scott está con Kitty, su madre y quinta esposa de Billy Tipton. Es ya casi una anciana. Kitty y Billy llevan años separados y la custodia de sus tres hijos recayó en Billy. Su muerte ha reunido a la familia con la desconcertante noticia de su secreto revelado. Kitty está sentada ordenando fotografías en una mesa. A un lado, al fondo, un teléfono de rueda de la época.

SCOTT.— William y John no tardarán en volver. Cierran pronto donde los abogados, y esos señores no se andan con tonterías. Tú firmaste ayer, ¿no?

KITTY.— Hum...

Scott se acerca a la mesa, al lado de su madre. Coge una fotografía y permanece observándola, luego la deja y se aleja de nuevo de la mesa.

SCOTT.— Qué sentido más absurdo tiene todo esto. Si es que tiene alguno. ¿Cómo pudo...? Es decir, ¿por qué nosotros no...? ¿Qué hay de la gente del barrio? ¿Es que somos todos idiotas? No lo creo, no puede ser. Es imposible. Una contradicción en los términos. Era mi padre.

KITTY.— Scott, ¿qué edad tienes ahora exactamente?

SCOTT.— Voy a cumplir treinta y uno.

KITTY.— No recordaba si eran treinta y uno o treinta y dos.

SCOTT.— (*Con desarraigo*) Ya.

KITTY.— Aún eres joven.

SCOTT.— ¿Cómo lo hizo para...? Esas cosas se notan. *Yo* debería haberlo notado. Aunque es difícil siendo un niño.

KITTY.— Luego uno crece con las ideas aprendidas.

SCOTT.— Sí. ¿Y por qué tardaría tanto en dejar Oklahoma? Todo el mundo allí sabría...

KITTY.— ¿Cuántas veces le oíste hablar de su infancia en Oklahoma?

SCOTT.— Cierto, pocas. Muy pocas.

KITTY.— ¿Cuántas?

SCOTT.— (*Gesto recordatorio*) Ninguna.

KITTY.— Sabía manejarse muy bien entre la gente.

SCOTT.— ¡Pero era mi padre! ¿Lo entiendes?

Se acerca de nuevo a la mesa, coge una fotografía y la coloca airado frente a los ojos de Kitty.

En un día normal, papá se levantaba a las cinco o las seis de la mañana, las siete si era fin de semana. Se arreglaba para trabajar, tomaba café y cereales. Cambiaba los Corn Flakes por los Wheaties cuando íbamos al campo. De nueve a cinco, se quedaba trabajando. Luego iba al supermercado y hacía la compra. Todas las tardes gastaba cinco o seis dólares que bien valían la cena, normalmente un plato de comida preparada para cada uno de nosotros. Cuando llegaba a casa, hacía té helado para los dos y todas las noches tomábamos uno, ya fuera verano o invierno.

Luego se sentaba a hacer crucigramas mientras esperaba para preparar la cena. Ya más tarde, se iba a la cama y veía la televisión, concursos como la *Ruleta de la Fortuna*, o leía un libro. Louis L'Amour le gustaba mucho. Y a las diez, a dormir. Las mañanas que me despertaba para ir a la escuela, me ponía café y un zumo al lado de la cama. Los fines de semana hacíamos la limpieza. Él se encargaba de poner la lavadora. Los fines de semana salíamos a cenar fuera, o íbamos al cine. Los domingos eran días limpios, por así decir. Desde primera hora de la mañana, cogía el suplemento dominical y salía a la terraza con el perro, comía donuts y bebía café. Rayos de sol y el aspersor de agua regando el jardín, todo eso... Era un hombre bueno. Quería formar una familia. ¿Qué narices quiere decir todo esto ahora?

Kitty no contesta.

Tú lo sabías, ¿verdad? Tenías que estar enterada. ¡Cómo es posible que no supieras nada! ¡Es imposible! ¿Cómo haríais... qué haríais para...? ¡Agh! Qué asco me da pensar en esos pequeños detalles, está prohibido que los hijos piensen esas cosas sobre sus padres. Tú hacías vodevil con él, ¿no? Cuando erais jóvenes.

KITTY.— *(Sigue impertérrita ordenando las fotos)* Lo conocí en un club nocturno donde él también actuaba. Hay alguna foto de aquellos años por aquí...

SCOTT.— ¡Claro que habrá alguna foto! ¿De qué me sirven a mí las fotos ahora? ¡Lo que quiero es saber la verdad!

KITTY.— Cielo, no hay verdades.

Scott arremete.

SCOTT.— Verdad número uno. Tú lo viste con claridad cuando éramos niños y por eso os separasteis. Es eso, ¿verdad? Nada de “mamá se

va de viaje una temporada”. [Lo guardaba en secreto hasta que un día, de casualidad, lo descubriste y te marchaste!

Kitty ladea la cabeza a un lado y a otro en señal de negación. Silencio.

KITTY.— Tu padre era un prodigio como músico. Y un encanto como hombre. Pero como padre... le faltaban agallas, coraje. Era un cobarde. Siempre se ponía de vuestro lado y en contra de mí. Me obligaba a hacerme la autoritaria. Alguien tenía que poner las reglas, y cuando vosotros las rompíais Billy nunca me apoyaba. Os lo consentía todo, os malcriaba, os mentía para protegeros. No quería que crecierais. Todo lo que hacía con vosotros os alejaba un paso más de madurar y convertirlos en adultos. No pudisteis desarrollar vuestra fortaleza, al menos mientras estuve yo. Nunca quería que asumieseis las consecuencias de vuestras acciones, nunca quería castigaros.

SCOTT.— Es decir, que ahora resulta que también fue un mal padre.

KITTY.— Scott, lo sabía y lo apoyé hasta el final.

SCOTT.— Ya. ¿Sabes en qué te convierte eso?

Kitty no contesta. Se curtió en el cabaret y nada de lo que le digan puede sorprenderla. Tras un silencio, Scott se acerca de nuevo a la mesa.

Mira todas estas fotografías. (*Coge una, lee la nota del reverso*) Green Monkey Club, Reno, 1962. (*Coge otra*) Lighthouse, Hermosa Beach, California, 1959. (*Otra*) Candlelight Club, Albany, Oregón, 1954. La gran y única foto con Duke Ellington... Sí, nos contó suficientes veces la historia de esta foto... (*Otra foto*) Joplin, 1948. ¿Quieres verlas todas?

KITTY.— Cariño, no te tortures más.

Scott se dirige al fondo, extrae su cartera y de ella una tarjeta donde comprueba un número. Descuelga el auricular del teléfono y marca girando la rueda.

SCOTT.— *(Al teléfono)* Quiero reservar un billete a Reno para mañana a primera hora. (...) ¿El único con destino a Reno sale a las tres? Está bien. A nombre de Scott Tipton. (...) T-i-p-t-o-n, sí, Tipton, ¿es que no ha oído nunca ese nombre? (...) El pago, en ventanilla. De acuerdo. Buenas tardes. *(Cuelga)* Tengo que aclarar esto. Pienso llegar al origen de todo.

KITTY.— Cuidado con mirar fijamente al sol.

SCOTT.— ¿Por qué el sol? *(Pausa)* A veces nos llevaba al campo a ver las estrellas. Nos enseñaba sus nombres y las constelaciones. Mira, ese es un recuerdo bonito que conservo.

KITTY.— *(Insiste)* Cuidado.

SCOTT.— Necesito saber.

KITTY.— Vas a gastar todos tus ahorros.

SCOTT.— No me importa. Muchas veces me he visto tentado de buscar a mis padres naturales. He tenido una infancia feliz y papá siempre me ha cuidado, así que, ¿para qué? Pero ahora... si papá ya no es el hombre de mis recuerdos, ¿qué me queda?

KITTY.— Fue tu padre y lo mejor es que lo siga siendo siempre.

SCOTT.— Necesito saber. Punto. Ayúdame a trazar un itinerario. Pienso recorrer todos los locales, hostales, moteles y antros de mala muerte por los que pasó papá. Quizá alguien pueda aclararme algo sobre él.

KITTY.— Lo más que puedo hacer es poner en orden todas estas fotografías. Y ya casi he terminado.

SCOTT.— ¿Mamá?

KITTY.— ¿Qué?

SCOTT.— No te guardaba ningún rencor. Siempre nos habló bien de ti.

El actor o la actriz que ha interpretado a Kitty ocupa el tercio aislado del escenario, con parabanes y percheros burro. Cambia algún elemento de su apariencia y se dispone a interpretar a Iowa, mientras Scott organiza el escenario para la escena siguiente.